

Pregunta: ¿Los habitantes de los pueblos han sido unos privilegiados durante el confinamiento por la pandemia del coronavirus?

Luis Antonio Sáez: La pandemia nos ha igualado a todos por defecto, al reducir nuestra movilidad. La desigualdad del mundo rural no es tanto un problema de renta como de accesibilidad. Nos hemos quedado con lo básico, el consumo se ha reducido al máximo y se ha dado más valor al ser, a un espacio más íntimo y próximo, en contacto con la naturaleza y la cercanía del mundo rural.

P: La búsqueda de vivienda en los pueblos se ha disparado ¿estamos ante una vuelta al pueblo o es una válvula temporal de escape?

LAS: Hay diferentes estrategias personales y distintos tipos de pueblo. Creo que hay gente que se plantea más un cambio de domicilio, pero lo que necesitan los pequeños pueblos son personas que hagan comunidad. Una cosa puede llevar a la otra, no son antagónicas. Puede suceder que quien tenía una relación más esporádica con el pueblo la convierta en una relación más estable, al mismo nivel que con su residencia habitual.

“*El teletrabajo, o su combinación con periodos presenciales, va a ser una opción que se acabará imponiendo.*”

P: ¿Estamos ante una nueva perspectiva social, un nuevo habitante fusión entre lo rural y lo urbano?

LAS: En la mentalidad ya se ha dado esa síntesis, incluso predominaba el híbrido. Tú no notas diferencias entre alumnos de pueblo y de ciudad, nuestras formas de comunicarnos y relacionarnos nos han homogeneizado. A partir de ahora, va a haber más gente capaz de hacer la síntesis también en el espacio geográfico cotidiano, de convivencia. Puede ser un grupo de referencia a partir de ahora.

P: ¿Qué es lo que prima una persona joven que vive en un pueblo?

LAS: Principalmente dos cosas: la realización personal a partir de los estudios y una profesión y, en segundo lugar, conocer gente. Es una etapa en la que se tiene un cierto sentido explorador, los jóvenes son curiosos y dan mucho valor a la diversidad y el uni-

verso rural se queda reducido. Es normal que se quieran ir, lo que hay que dejar son vínculos, buenos recuerdos y un conocimiento del lugar para que quede un cable echado. Hay etapas de la vida en las que las circunstancias cambian.

P: ¿Por qué es tan grave que exista una España vacía?

EN PRIMERA PERSONA

Texto: Ismael Muñoz / Fotografías: Rosa Belén Sáez Guillén y Luis Antonio Sáez Pérez

“Si los pequeños pueblos quieren ser ciudades, van a vivir permanentemente frustrados”

Luis Antonio Sáez Pérez es economista, pero centra su discurso en valores que no cotizan en bolsa ni se monetizan. Valores sociales, personales, de convivencia, de satisfacción personal, valores perennes de los humanos que pueden ser el motor que mantenga la vida en los pueblos. Puede que con ellos no se coma, pero mueven a las personas convencidas a instalarse y buscar oportunidades donde otros solo ven problemas, a aprovechar todas las ventajas que el medio rural y natural ofrecen. Por eso reivindica la vida rural como una opción, consciente de sus limitaciones, pero convencido de que las ventajas sociales, emocionales, de sostenibilidad y calidad de vida inclinarán la balanza a su favor o, al menos, crearán un nuevo habitante a caballo entre lo urbano y lo rural.



LUIS ANTONIO SÁEZ PÉREZ

Profesor de Economía Aplicada en la Universidad de Zaragoza y director de la Cátedra sobre Despoblación y Creatividad de la Diputación de Zaragoza

LAS: El problema no es perder población, lo malo es tener un territorio desequilibrado o que la gente no pueda vivir donde quiere. Si hiciéramos un nuevo mapa de España haríamos una distribución de pueblos y ciudades distinta. Tenemos una realidad heredada de otro contexto. No solo es herencia patrimonial y topográfica, lo es también sentimental. En esto se fundamenta, sobre todo, la demanda del mundo rural que conocemos: afectos que quieren ver los pueblos poblados. Un territorio habitado implica que las personas forman parte de él, pero también es cierto que tenemos capacidad técnica y organizativa para cuidar del territorio viviendo muy concentrados.

P: Da la impresión de que ese planteamiento lo hace desde el punto de vista de una persona que vive en la ciudad.

LAS: Es probable que tenga un sesgo urbano que no he visto. Es verdad que a las personas que viven en los pueblos hay que darles el acceso a lo básico, aunque no salgan los números, deben tenerlo lo más cerca posible. Pero también tienen que reconocer los beneficios que disfrutan, ventajas relacionadas con la calidad de vida que es imposible tener en una ciudad. Si los pequeños pueblos quieren ser ciudades van a vivir permanentemente frustrados, con sensación de déficit imposible de solucionar.

P: ¿Significa eso que los habitantes de los pueblos en esa España vaciada tienen que asumir que van a vivir con determinadas carencias?

LAS: No todos los pueblos son iguales y no creo que en general se viva tan mal en las zonas rurales. De hecho, hay pueblos con una serie de servicios y cosas materiales

superiores a las que tienen muchos barrios de ciudad. Si se valora tanto un modelo de vida urbano, quizás lo que tengan que hacer es irse a la ciudad porque son más urbanitas que rurales. No todos podemos tener de todo en todos los lugares, aunque sea impopular decirlo. Me chirría que lo digan colegas míos de investigación porque nunca ha sido así y no va a poder serlo desde un punto de vista académico y científico.

P: Habla de poner en una balanza ventajas e inconvenientes, pero la falta de oportunidades en el plano laboral puede hacer que las desventajas sean insalvables.

LAS: Trabajo de calidad hay en estos lugares, incluso mejor que en una ciudad. Tomar la opción de vivir en un sitio lleva adheridas las posibilidades de lo que puedes hacer allí. El teletrabajo, o su combinación con periodos presenciales, va a ser una opción que se acabará imponiendo. No creo que haya tantos factores de expulsión en los pueblos ahora como hacía años, quizás el acceso a internet de calidad pueda ser uno de ellos. Hay una primacía de valores sociales que se adaptan mejor a lo urbano, con su economía de escala y de aglomeración de oportunidades. Si introducimos ideas de sostenibilidad, consumo y convivencia, y recuperamos la idea de que "lo pequeño es hermoso" (Schumacher), esa escala de valores puede cambiar.

P: ¿Tienen futuro los pueblos pequeños?

LAS: Creo que sí lo tienen, aunque el futuro será lo que nosotros queramos como ciudadanos. Puede que haya pueblos en los que, en determinadas épocas de año, no viva nadie, pero habrá otros que con muy poca gente tendrán una gran calidad de vida. Con poquita gente se pueden tener comunidades vivas.

P: ¿Es la concentración de servicios la solución a las demandas de servicios básicos?

LAS: La concentración comarcal de servicios públicos de calidad puede ser una solución. Puede haber comarcas donde no estén cubiertos esos servicios básicos, pero creo que son las menos. La decisión de seguir o no en el pueblo es una opción personal.

P: ¿Hay victimismo en el mundo rural?

LAS: En gran medida sí, aunque lo practicamos todos los colectivos. No podemos ser victimistas para hacernos pasivos, para exigir a los poderes públicos que nos solucionen las cosas. Hay que quejarse, pero para formar parte de la solución. Hay también un victimismo territorial en clave identitaria que demoniza a otras comunidades. Me parece peligroso porque genera ciudadanos pasivos y esencialistas en lo identitario.

P: Sin embargo, es el sentimiento de identidad uno de los vínculos más fuertes para ligarnos a nuestro pueblo.

LAS: Lo diría de forma metafórica, un árbol tiene raíces que, a ser posible, es mejor que sean muchas, no solo un eje. Pero lo potente es tener ramas,



disponer de una identidad que te permita abrirte a los demás, para relativizarte. Necesitas las dos cosas, no podemos mirar solo las raíces y perdernos la mezcla que todos tenemos.

P: ¿Va a ser la mezcla de personas, identidades y culturas el futuro de muchos pueblos?

LAS: Así es. Además, en un pueblo pequeño es más fácil integrarse. Pero hay que hacer un esfuerzo en las dos direcciones: asumir ellos parte de la cultura donde llegan y nosotros de acogida. Esto en la escuela funciona muy bien en muchos pueblos, con niños de distintas culturas y procedencias. Tenemos que hacer una política que garantice la diversidad social, de ideas, de culturas y de edades. Hay que promover la diversidad como un valor social.

P: La música suena bien, pero es difícil ponerle letra.

LAS: Claro, funciona muy bien a nivel de estrategias y planificación, pero luego no tenemos gente capacitada, especialistas de integración y cohesión, ni medios para llevarlo a cabo. Necesitamos profesionales cualificados en educación, trabajos sociales y gestión cultural: es el futuro. Tenemos ejemplos en países cercanos, donde no se ha producido integración y se han creado guetos. Es un problema que pueblos enteros puedan convertirse en guetos.

P: Para ser justos, también deberíamos señalar el paternalismo urbano, que parece tratar al mundo rural como adolescentes que necesitan protección.

LAS: Así es, vuelve a ser una cuestión de ignorancia. Se legisla y se crean cosas de una forma tecnocrática. Se hacen planes de desarrollo para determinadas comarcas y lo que menos importa es ir allí a hablar con la gente, cuando lo primero sería escuchar sus expectativas. Por otro lado, también es cierto que vivimos en una sociedad muy pasiva y la participación social, en ocasiones, es muy baja.

P: Hay también razones económicas que pueden ser decisivas, ¿qué actividades económicas pueden favorecer su permanencia?

LAS: Producir y vivir no tiene por qué ser en el mismo lugar. Habrá pueblos pequeños donde no habrá mucho que producir. Sin embargo, la nueva economía, que parece impulsarse por las circunstancias de la pandemia, es más digital y tecnológica. Hasta un 40 % del trabajo actual podría hacerse a distancia, según un informe del Banco de España. Los trabajos de cuidados y atención a las personas pueden ser otra oportunidad, sin olvidar la simultaneidad de la actividad entre la ciudad y el pueblo. Pequeñas empresas tecnológicas, con buenas conexiones a internet, pueden ser competitivas desde las zonas rurales.

P: ¿Y qué hacemos con el sector primario?

LAS: Está claro que el sector primario siempre está ahí y es necesario, ocupa el territorio. Pero hay que abrir la mentalidad para ver que muchos de los nuevos trabajos se pueden hacer en los pueblos. Hay que hacer una labor de pedagogía para difundir que, aunque están muy de moda los itinerarios de éxito mercantilista que te llevan a las ciuda-

des, hay otras posibilidades de trabajos manuales y tecnológicos que se pueden hacer desde los pueblos, que permiten ser competitivos económicamente y conseguir la realización personal, que para mi es el norte de la brújula. Es una cuestión de valores que tenemos que enseñar en los institutos.

P: ¿Tenemos las condiciones necesarias para que se desarrolle esa nueva economía y se instale en los pueblos una nueva población que vive en las ciudades?

LAS: En general, sí tenemos esas condiciones, aunque hay zonas que están muy lejos de cumplirlas. Hay un déficit de infraestructuras de conexión a internet que parece que poco a poco se supera. Es importante no plantear la cuestión como una disyuntiva: volver al pueblo o quedarnos en la ciudad. Hay jóvenes con formación que están volviendo sin complejos, porque son conscientes de a dónde van y de las dificultades de movilidad y desarrollo económico que van a tener. Después hay otras etapas de la vida que facilitan esa vuelta; son personas con más experiencia que pueden aportar muchas cosas a la vida económica y social.

P: ¿Cuál cree que debe ser el papel de la Administración Pública frente a la despoblación?

LAS: Tienen una labor de planificación, deberían tener un sentido estratégico y una actitud de ejemplaridad. En general, apenas hacemos estrategia a largo plazo. Necesitamos el conocimiento científico para saber qué hacemos y qué consecuencias tiene en el territorio, y necesitamos hablar con la gente para conocer sus expectativas y necesidades. Debemos hacer una planificación adaptable, viva, participada y audaz, que marque unas directrices, unos objetivos y unos criterios de cohesión. Después, el juez final es la población que decide, pero debes poner todas las facilidades. ■

“*El problema no es perder población, lo malo es tener un territorio desequilibrado o que la gente no pueda vivir donde quiere.*”

